

Auto-etnografía, entre la experiencia y el problema de investigación



Aldana Boragnio¹
IIGG-UBA/ CIES
boragnio@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de estas páginas es hacer hincapié en la posición subjetiva del investigador durante el proceso de constitución del problema de estudio. Para ello planteamos los desafíos que implica incorporar la auto-etnografía como recurso de reflexión y conocimiento en las estrategias de indagación social que nos ayude a acercarnos a la experiencia personal, centrándonos en el rol del investigador, en su vida cotidiana y en cómo lograr incorporar su conocimiento sensible como información de primera mano.

La línea argumentativa seleccionada será: a) se presentan abreviadamente las bases conceptuales de la auto-etnografía como herramienta en la investigación social, b) se incluye la auto-etnografía escrita con el fin de pensar la implicancia en la vida cotidiana del problema de investigación, c) se concluye presentando los aspectos a tener en cuenta, que surgen a partir de la utilización de la auto-etnografía como recurso metodológico.

¹ Licenciada en Sociología FSOC-UBA. Becaria interna doctoral CONICET.

Palabras clave: auto-etnografía, sensibilidades, emociones, metodología

...when writing autoethnographically, we are forced to hold a critical mirror to our lives, and sometimes looking in that mirror by candlelight is more flattering than looking into the mirror in broad daylight. (Megford, 2006)

INTRODUCCIÓN

La investigación social es un proceso durante el cual se ponen en juego la cultura, el conocimiento y la acción del investigador, por lo cual, reflexionar en torno a sus vivencias e inquietudes durante todo su desarrollo se vuelve una práctica que nos permite mantener nuestra vigilancia epistémica sobre las propias prácticas.

El objetivo del presente artículo es compartir las vivencias y reflexiones que fueron surgiendo en el camino a mi postulación al doctorado de ciencias sociales, las cuales pusieron en primer plano el querer preguntarme por el lugar del investigador en el proceso de construir el problema de investigación y su objeto de estudio. Por ello, que uno de los desafíos que se plantean es el poder hacer hincapié en la posición subjetiva del investigador durante la totalidad del proceso de investigación, centrándonos en el compromiso personal que implica constituir el problema de estudio.

La estrategia argumentativa utilizada será la siguiente: a) se presentan abreviadamente las bases conceptuales de la auto-etnografía como herramienta en la investigación social, b) se incluye la auto-etnografía escrita con el fin de pensar la implicancia en la vida cotidiana del problema de investigación, c) se concluye presentando los aspectos a tener en cuenta en el desarrollo del proyecto de tesis.

El sujeto que investiga

Poder asumir la complejidad que presenta conocer por y a través del cuerpo supone reconocernos como sujetos partícipes de la acción y atravesados por relaciones/estructuras sociales. Por ello, para poder pensar nuestra experiencia como sujetos e investigadores es necesario no perder de vista –y enfatizar todo lo posible– que ambos roles no pueden ser separados a lo largo del proceso de indagación.

El investigador no puede distinguirse de la experiencia de su vida cotidiana, por lo cual, para poder acercarnos a nuestra posición de sujetos que buscan construir objetos de conocimiento se vuelve necesario reconocernos como sujetos portadores de una sensibilidad y expresividad histórica, socialmente construida. En tal sentido, buscamos hacer hincapié en la posición subjetiva del investigador durante el proceso de constitución del problema de estudio a la vez que en el proceso de producción de conocimiento. En ese marco, las preguntas que nos realizamos giran en torno a ¿cuál es la sensibilidad puesta en juego como investigadores? ¿Cuál es la estructura de sensibilidad propia y qué nos permite percibir? ¿Cuáles son los supuestos de nuestra experiencia cotidiana que portamos en torno a nuestro tema de investigación? ¿Cuáles de ellos nos pueden opacar la visión?

Sabemos que estas preguntas no son novedosas y mucho menos originales; conocemos que desde la Escuela Sociológica de Chicago (Goffman, Garfinkel, Becker, entre otros) se comenzó a redimensionar el lugar del investigador dentro del proceso de indagación y las emociones de los sujetos que intervienen en el proceso investigativo adquieren un rol central. De esta manera, se corre al investigador del lugar de “objetividad” del que solía imbuirse para captar un supuesto conocimiento externo, disponible. Entendemos que estas preguntas siguen presentes, que se reactualizan en el propio proceso reflexivo, por lo que se vuelve enriquecedor no perderlas de vista e incorporarlas a la experiencia de investigación social.

En las siguientes páginas compartimos algunas lecturas y reflexiones que surgieron en torno a mi postulación al doctorado de ciencias sociales. En efecto se vuelve necesario remarcar que algunas líneas no sólo pueden parecer pensamientos algo subjetivos o ideas abiertas que no terminan de cerrar, sino que en su mayoría lo son.

Auto-etnografía, o de cómo escribir las respuestas

Sosteniendo lo inescindible que resulta nuestra experiencia del mundo como sujetos y en tanto investigadores, observamos que es a partir de esta condición que se interactúa con el objeto de estudio, se formulan preguntas y se conoce el mundo. Por ello se vuelve primordial ahondar en el lugar de este sujeto-investigador, en su posición y condición de clase, en sus vivencias como rasgo fundamental para así mejorar la comprensión del mundo social. Precisamente con la finalidad de captar y “usar” las potencialidades que la posición del investigador implica, desde el Grupo de Estudios Sociológicos de Emociones y Cuerpos del Instituto Gino Germani-UBA (GESEC) junto al Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES) venimos trabajando con la auto-etnografía como recurso procesual de la investigación social. Entre ellos se destacan la tesis doctoral de Victoria D’hers titulada “Configuraciones de las sensibilidades y Soportabilidad social en hábitats precarios. Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires (2007-2011)”, en la cual se investiga la construcción de la vivienda a nivel subjetivo, profundizando en las configuraciones sociales de las sensibilidades asociadas a dicha experiencia.² Al respecto de la auto-etnografía, ésta es utilizada para recorrer las emociones y experiencias que se dieron durante la elaboración y escritura de la tesis, sumado a cómo ese recorrido fue parte del conocimiento que se produjo en el trabajo mismo. D’hers nos dice al respecto: *“la construcción misma del problema de indagación se vincula con los procesos que atravesé durante toda la elaboración y escritura. No sólo a nivel anecdótico, sino a nivel del entendimiento que fui teniendo de la problemática en sus distintos niveles.”*³ En la misma línea, el trabajo de Scribano, Boragnio, Bertone y Lava (2015) se centra en el diseño y aplicación de una experiencia de indagación –a la que se llamó “experiencias del comer”– que implicó la puesta en práctica de

²Para un desarrollo más detallado ver D’hers, V. (2012) Analizando la invisibilización del ambiente. La danza y el movimiento como abordaje metodológico en estudios de sensibilidad y percepción ambiental. En *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social –RELMIS*. N°4. Año 2. Oct. 2012-Marzo 2013. Argentina.

³ Fragmento de entrevista que realicé en 2015 a Victoria D’hers a propósito de su tesis, la auto-etnografía y las distintas herramientas creativas-expresivas de indagación, ligadas a la investigación de los procesos de configuración de esquemas de percepción y acción, en las que se encontraba trabajando.

“innovaciones” metodológicas, en donde la auto-etnografía es incorporada como un recurso que aporta miradas necesarias en el proceso de investigación.

En un primer momento la auto-etnografía podría aparecer como una simple “combinación narrativa” de autobiografía con etnografía, pero es un recurso que atraviesa lo narrativo en donde se busca involucrar la autorreflexión y la emoción (Scribano, Boragnio, Bertone y Lava, 2014). Podemos decir que lo que busca la auto-etnografía es explorar las experiencias de vida del sujeto-investigador centrándose en lo que éstas poseen de únicas.

La auto-etnografía es considerada y trabajada por varios autores. A modo de síntesis, podemos remarcar en primer término los aportes de Smith (2005), para quien la auto-etnografía no es sólo un recurso para la reflexión, sino que aparece como un espacio intermedio entre la pasión y el intelecto, una frontera entre el análisis y la subjetividad (en Scribano y De Sena, 2009). En esta misma línea Scribano y De Sena (2009) entienden a la auto-etnografía como un recurso que se abre a una exploración de lo emotivo, aproximándose a la reflexión personal y a las interpretaciones intersubjetivas, dentro de un proceso de reflexividad que busca profundizar el lugar del investigador como un sujeto partícipe de los estados de cosas.

Por otra parte, Wall (2006) se enfoca en la auto-etnografía como una forma de tomar contacto con la reflexión del investigador en relación a las preguntas que él elaboró y a sus problemas en el transcurso de la investigación. A la vez, Custer (2014) se centra en la experiencia de vida del investigador, pero busca explorarla con el eje puesto en la relación con instituciones sociales y culturales, buscando el vínculo indisoluble entre lo personal y lo cultural, en otras palabras, buscando reconocer que “yo soy el mundo y el mundo soy yo” (Custer 2014: 8)⁴.

Méndez (2013) también pone el eje en el ‘yo’, ya que considera que la riqueza principal de la auto-etnografía es su capacidad para plasmar la interacción entre el yo y sus

⁴ “The intent of autoethnography is to acknowledge the inextricable link between the personal and the cultural... In other words, ‘I am the world and the world is me’” (Custer, 2014: 8). Traducción propia.

propias experiencias, reflejando el contexto cultural y social en el que estas se llevan a cabo. Así, la auto-etnografía se utiliza para referirse a diferentes relaciones entre la experiencia personal del investigador y el fenómeno que se investiga, pudiendo centrarse tanto en las experiencias personales previas al proceso de indagación como durante el mismo, o en las experiencias de éste en la relación con los participantes de la investigación.

Por otro lado, Montero-Sieburth (2006) corre el énfasis de la auto-etnografía como reflexión inicial y se centra en el papel del investigador como “autor integrado” situado en el centro de la investigación. En otras palabras, pone el eje en el investigador como sujeto vivencial, quien no sólo selecciona, recorta y construye el problema de estudio, sino que pone en juego sus emociones, sus ideas y su vida cotidiana durante todo el proceso de indagación social.

Los sentimientos/creencias/emociones ya habían sido puestos en consideración por Blumer para pensar la relación entre el investigador y su objeto de estudio, y retomados por Becker (2009) para enfatizar la importancia del investigador como un sujeto vivencial que pone en juego sus emociones, ideas e ideología para poder definir qué tomará como objeto de indagación social. Lo que busca remarcar el autor es que el investigador no sólo estudiará aquello que conoce, sino que él tendrá “... inconscientemente alguna clase de imagen del área de la vida que se propone estudiar. Pondrá en juego las creencias e imágenes que ya tiene para formarse una idea más o menos inteligible de esa área de la vida (...) Todos nosotros, en tanto estudiosos, tenemos nuestra cuota de estereotipos comunes que empleamos para ver aquellas esferas de la vida social empírica que no conocemos” (Blumer en Becker, 2009: 30).

Desde aquí, la selección del tema de investigación puede aparecer como lo más complejo “ya que éste surge de la búsqueda de una explicación de prácticas culturales observadas a partir de un aspecto de la realidad que se basa en la participación en el mundo de la vida en el cual el problema se encuentra inscripto” (Boragnio y Lizza Rodriguez, 2015:109). Por lo tanto, nuestras ideas, nuestro imaginario, nuestra vida cotidiana, influyen notablemente en la selección del problema de investigación. Sin

desacreditar esta aparente limitación, Becker (2009) recomienda que esta relación se mantenga explícita con el fin de lograr destrabar el juego de imágenes y metáforas que se constituyen como formas naturalizadas del mundo.

En este sentido, la auto-etnografía es un recurso que nos permite dar lugar a nuestro imaginario lego, a las ideas y prejuicios que podemos tener por el simple hecho de vivir. Principalmente, “la auto-etnografía nos pide que no sólo examinemos nuestras vidas sino también que consideremos cómo y por qué pensamos, actuamos y sentimos como lo hacemos. La auto-etnografía requiere observarnos a nosotros mismos observando...” (Jones, 2013, en Custer, 2014: 1)⁵.

A los fines de su instrumentalización, Scribano y De Sena (2009) también nos permiten pensar la auto-etnografía en relación a tres formas de “hacer y usar”: a) centrada en la auto-evaluación y reflexión desde la propia experiencia de vida, b) centrada en las relaciones con los otros, incorporando las experiencias individuales de formar parte de un grupo, espacio social, institución o colectivo, c) centrada en objetos o procesos que implican la vivencia personal de un fenómeno o proceso social.

A partir de ello podemos ver que la auto-etnografía, en tanto estrategia cualitativa, es un recurso que permite trabajar con información privilegiada, tomando la experiencia del investigador desde su posición en el campo de indagación, buscando acentuar su reflexividad a la vez que su capacidad de mostrar sentimientos/creencias/opiniones y utilizando su propia experiencia como información primaria a fin de ampliar la comprensión de lo social.

De esta manera, la auto-etnografía se vuelve central para poder acercarnos al conocimiento de la experiencia propia que poseemos todos los investigadores en torno a nuestro objeto de estudio, y poder así conocer los preconceptos que tenemos sobre él, por el simple hecho de ser un sujeto viviente de esa cultura. Sin este conocimiento

⁵ “It asks that we not only examine our lives but also consider how and why we think, act, and feel as we do. Autoethnography requires that we observe ourselves observing...” Traducción propia

de primera mano para corregir nuestro imaginario, no sólo no sabremos dónde buscar sino tampoco sabremos por dónde comenzar a pensar el problema (Becker, 2009).

En pocas palabras, entendemos que la auto-etnografía se ubica en la intersección entre la etnografía y la auto-biografía, pero cuando se despliega como una estrategia metodológica de investigación cualitativa, tiene como fin principal “aprovechar y hacer valer las ‘experiencias’ afectivas y cognitivas de quien quiere elaborar conocimiento sobre un aspecto de la realidad” (Scribano y De Sena, 2009: 5). A partir de ello, la participación del sujeto que investiga como parte del mundo de la vida en el cual está inmerso el aspecto a indagar, se vuelve un eje central desde el cual las emociones y creencias del investigador se transforman en información esencial de primera mano.

La experiencia como eje de la reflexión

Centrarnos en el rol del investigador, en su vida cotidiana, y pensar como ese conocimiento sensible lo interpela implica abordar información de primera mano que puede brindar aportes específicos a la investigación. Al incorporar la auto-etnografía a nuestro trabajo sumamos herramientas que nos permiten dar cuenta de lo dialéctico del proceso de investigación, el cual requiere que se identifique el problema que surge a nivel personal para lograr comprender “su existencia, universo y extensión cultural y social” (Montero-Sieburth, 2006:11), pero con el fin de superar la simple narración autorreferencial.

Como se viene sosteniendo en las líneas anteriores, no se pone en discusión la participación del investigador en el campo de investigación como sujeto partícipe del mismo. Por lo tanto, epistemológicamente se vuelve imposible separar al sujeto/investigador de su cuerpo/emoción; y a esto se le deben sumar la imposibilidad de separar la teoría/percepción, ya que la última podrá llevarse adelante desde la conexión con la carga teórica.

Es conveniente no dejar pasar que esta no posibilidad de separación de los cuerpos/emociones también tendrá implicaciones metodológicas, ya que la relación

entre observación/registro/análisis, asimilada desde los cuerpos/emociones, involucra una construcción de una relación imbricada de modo tal que los “cuerpos-se-observan-situados-en-emociones” (Scribano, 2012). A partir de ello es posible ver que la observación no sólo estará situada en un cuerpo/emoción⁶, sino que “las cadenas y esquemas cognitivos-afectivos que conectan (y desconectan) las prácticas sociales en tanto narraciones y visiones del mundo hechas cuerpo, constituyen los procesos que aquí se caracterizan como ideológicos” (Scribano, 2012: 101).

Si pensamos en los cuerpos y tomando las palabras de Scribano, entendemos que éstos se encuentran situados en emociones, a la vez que las emociones se encuentran situados en los cuerpos, lo cuales están/son situados en tiempos/espacios que son sociales. En este sentido es que no se puede separar de forma tajante “la individualidad/subjetividad en la constitución de la agencia social” (Scribano, 2012: 97) en tanto los cuerpos/emociones están contruidos socialmente. Es por ello que el sujeto sólo podrá conocer y sentir(se) en el mundo a través del cuerpo, y el investigador, como sujeto/investigador, no se podrá ver por fuera de esto mismo.

Desde las emociones, es necesario decir que la construcción de éstas se nos aparece como “lo más ‘íntimo’ y ‘único’ que todo individuo posee en tanto agente social” (Scribano, 2012:101), pero que estos niveles se retroalimentan y son sólo distinciones analíticas para poder lograr una reflexión al respecto. La sociedad se hace cuerpo y la frase de Custer presentada anteriormente “yo soy el mundo y el mundo soy yo” (2014: 8) nos acerca a la comprensión de que “en el propio sentir la emoción está ya involucrado el ser social, el cuerpo en tanto cuerpo propio, individual y social” (D’hers, 2009: 136). Es por ello que, desde una perspectiva de cuerpos/emociones se vuelve necesario producir un entramado epistémico, teórico y metodológico que nos permita acercarnos a los procesos-fenómenos sociales desde “un abordaje que re-tome las sensaciones como punto de partida” (Scribano, 2012: 92).

⁶ La barra utilizada entre cuerpos/emociones busca hacer visible semánticamente la separación/unión, la distancia/proximidad de dos objetos que muchas veces se conforman como campos separados dentro de las ciencias sociales. La relacionalidad a partir de la mutua referencialidad entre ambos conceptos, que lleva a la reciprocidad conceptual, nos aporta claros indicios sobre lo imposible de llevar a cabo la separación de éstos.

La auto-etnografía no debe ser pensada en términos de un ejercicio de “toma de conciencia” de las tareas del investigador sino como un punto de partida más que interesante. En primer lugar, por el peso de una concepción ontológica que caracteriza y define lo que consideramos que “vale la pena conocer” y, en segundo lugar, porque sabemos que no existe práctica de investigación neutral y avalorativa. Esto último nos vuelve a llevar al investigador como sujeto y a sus ideas, sentimientos y compromisos políticos y personales imbricados en su biografía (Boragnio y Luzza Rodríguez, 2015). En definitiva, es en esta búsqueda donde la auto-etnografía se vuelve una herramienta de gran aporte, ya que nos permite repensar la propia observación y el impacto emocional que tiene el problema de estudio en nuestra vida, dando lugar a la diversidad de lo individual del investigador.

En la auto-etnografía la experiencia personal interviene expresamente en la producción de conocimiento, conformando un espiral hermenéutico incentivando al investigador a acercarse a las preguntas que el mismo elaboró, a la reflexión de su problema de investigación y de su comprensión como parte de lo social a comprender (Scribano y De Sena, 2009). Pero la característica principal es que este acercamiento se da desde un lugar diferente, desde su participación como sujeto y desde sus propias emociones. Por lo tanto, haciendo foco en la propia experiencia y en el proceso dinámico que implica, se sostiene el carácter dialéctico de las dimensiones metodológicas, teóricas y epistemológicas que se verá reflejada en la observación/registro/análisis. Dado que partiendo de la encarnación de los cuerpos en las geometrías corporales y en las gramáticas de las acciones, aparece el desafío de construir un modo de indagación a partir de las sensibilidades. En este sentido, lo que el sujeto investigador exprese será un indicio de esa vinculación, que se relaciona con sus propias experiencias; algo vinculado con la historia que el sujeto va construyendo con su cuerpo, una vinculación consigo mismo y con lo social (Scribano et al, 2014).

En este contexto reflexivo la auto-etnografía se incorpora como una estrategia para mejorar y profundizar nuestra experiencia de indagación sobre las sensibilidades, a la

vez que observar nuestras propias sensibilidades como sujetos que llevarán adelante un proceso de indagación social.

La auto-etnografía que presentamos a continuación fue escrita en consonancia con la presentación de mi proyecto de tesis doctoral titulado “Comer en la oficina: emociones, comensalidades y prácticas en torno “al comer” de mujeres jóvenes en el ámbito de la administración pública nacional”, y se realizó con la intención de reflexionar y registrar qué pasaba con las sensibilidades en relación “al comer” en la experiencia laboral propia.

A partir de esta pregunta se buscaba re-capturar a posteriori la experiencia cotidiana propia para transformarla en un recurso de indagación y ayudar a despejar prejuicios y pensamientos enraizados en torno a lo que significa una actividad cotidiana que nos atraviesa a todos los sujetos y que presenta la complejidad de darse en la intersección del cuerpo biológico individual y las prácticas sociales.

Hora de almuerzo

No recuerdo cuando empezaron mis preguntas sobre el comer, sobre cómo se relacionan las personas en situación de comer, pero sí sé que siempre me gustó la comida. La comida y todo lo que trae aparejado. Me gusta cocinar, me gusta mirar programas de cocina, me gusta ir a comer, me gusta hablar de comida, me gusta compartir la mesa, me gusta probar alimentos nuevos, me gusta la sobremesa, pero principalmente me gusta comer.

Tuve siempre una relación muy cercana con la comida, muy fluida. Como bastante, como todo. Mi abuela cocinaba, y desde los 8 años cocinábamos juntas, recuerdo la primera vez que puse los dedos en esa mezcla gelatinosa, no no, no la recuerdo, la siento... pegajosa, chirle, me dio asco tocar el engrudo que formaba la harina. Pero también recuerdo la alegría de ver que esa masa que se me adhirió a los dedos, a las uñas, esa masa se volvió lisa, pareja, suave, como plastilina, pero con un aroma menos plástico. Recuerdo la sorpresa y la alegría que sentí cuando esos bollitos blancos salieron del horno, algo pasó no era más masa, era pan. Magia! Ahí pasó algo mágico... La cocina, el horno, mi abuela, el pan caliente, felicidad.

Cuando empecé a trabajar recién había empezado la facultad, hoy puedo decir que salí de la burbuja que en parte plantea ir al colegio secundario del barrio al mismo tiempo que me empecé a relacionar con la lógica jerárquica de un jefe, de compañeros de trabajo y de compartir el momento de la comida con gente que no conozco.

Trabajaba por la tarde por lo que siempre me llevaba algo para acompañar el mate. La recepcionista no podía comer, podía tener una botella con bebida, pero nada de comida; tampoco tenía horario de almuerzo. Yo no entendía... ¿cómo iba a pasar toda la mañana? ¿Cómo suponían que iba a estar todos los días 6 horas sin comer nada?

Comencé a trabajar desde la mañana y apareció una nueva rutina, el horario de almuerzo. Éramos entre 8 y 10 jóvenes que comíamos en la oficina, llevaban comida o compraban, pero siempre almorzábamos ahí. La cocina empezó a quedar chica y después de un par de reclamos se organizó una pequeña sala en la que podíamos almorzar todos juntos. El momento del almuerzo no sólo era un momento de distensión y de alejarse del trabajo (aunque sin alejarse del espacio) sino que era un momento de socialización. Un día empezó a almorzar con nosotros un chico nuevo, rápidamente aparecieron las preguntas: ¿Qué es eso? ¿Por qué sos vegetariano? ¿No comés huevo? ¿Cómo hacés? Era claro para todos que él comía distinto... ¿Por qué no comía lo que comemos todos? Todos los días surgían preguntas, comentarios y conversaciones en torno a su tupper. Nunca pareció incomodarse, aunque recuerdo mi incomodidad en algunos momentos.

Cuando empecé a trabajar en una agencia de administración nacional, todo fue distinto, no sólo de pronto trabajaba en un edificio enorme, con varias oficinas y mucha gente, sino que empecé a pasar mis almuerzos en una oficina que no tenía ningún espacio destinado para ello.

Al poco tiempo fue aprendiendo las normas explícitas y la mayoría implícitas de la oficina. No estaba estipulado en ningún lado, pero almorzábamos a las 13 hs. Había una heladera compartida con la oficina de al lado, un microondas, comíamos en un grupo de 2 escritorios enfrentados que estaban en el centro de la oficina y todos los principios de mes juntábamos plata para comprar yerba, salvo un compañero que no compartía el mate, ni el termo ni la yerba.

Con el correr de las semanas noté que no comíamos todos, dos señores no comen nunca, otra chica sale siempre en el horario del almuerzo, “voy a dar una vuelta, a despejarme” decía; otra chica llega alrededor de las 11 y toma mate, pero nunca almuerza; el único varón joven que trabaja en esa oficina come siempre a la misma hora, pero en su escritorio. En conclusión, noté que las que almorzamos, las que nos tomábamos ese rato para comer éramos 5 o 6, mujeres, sólo mujeres, siempre mujeres.

Lentamente comencé a sentir que el momento de la comida comenzaba a tener instancias problemáticas. El “¿qué puedo comer hoy?” me nublaba los mediodías. La comida era cara, por lo que siempre terminábamos comprando en los mismos 2 o 3 locales. Empanadas, sándwiches, una porción de tarta, una ensalada cada tanto en un local de la vuelta –¿cómo puede ser que sean tan caras? Al tiempo, me empecé a cansar, me cansé de comer siempre lo mismo, ya no sabía cómo variar y a la vez mi presupuesto no me permitía hacer grandes cambios... tampoco quería comer algo pesado porque después me costaba demasiado transitar las horas que quedaban. Ya no sabía qué comer, había días que ese fastidio me generaba ganas de no comer nada, de saltar esa situación. Me empecé a llevar comida de casa. Terminaba llevando lo que sobraba de la cena anterior. Como nunca pude lograr organizar un menú especialmente para ello, terminé alternando entre “sobras de anoche” y “la comida de siempre”. Volvía a repetir, volvía a comer lo mismo.

A partir de llevarme comida comenzaron a darse algunas situaciones que aportaron a mis reflexiones en torno a esos momentos de comensalidad compartida casi obligatoriamente. Una compañera compraba comida siempre, iba variando de plato y de local de compra, otra salía siempre durante el almuerzo, por lo que nunca la vi comer. Otra compañera siempre se traía comida de la casa, cocinaba todas las noches y hacía comida de más para ella y el marido, “así cada uno lleva comida casera” me dijo.

“Casero”, esa palabra comenzó a tomar un nuevo papel en mi vida. En mi casa siempre nos valimos de las ventajas que la modernidad de la industria alimentaria nos brindaba, por lo que amasar o hacer salsa a partir de tomates nunca fue una opción. “Casero” nunca fue un adjetivo que signifique mucho para mí, ni algo que sume valor agregado a

lo que esté comiendo. “Rico”, rico es un adjetivo que me representa más... Lo hice yo, sí, pero “casero”, qué significa...

Varias veces mi compañera remarcaba algo sobre mi comida, y sus frases llegaban con un aire de cuestionamiento y hasta de desaprobación... “¿Qué es eso?”, ¿por qué le pones eso?” “¿Es casero?”, “¿La masa es casera?”. ¿Es casera? ¿Qué significaba esa frase? Sí, es casero, lo hizo el pizzero... ¿Es casero?, ¿qué me quería decir con esa frase? ¿Qué había detrás de esa característica que al no poseerla parecía que ponía en duda toda mi comida? Esta situación claramente me incomodaba, ¿por qué siempre tenía algo que decir?, ¿qué tenía de malo, de extraño, de raro lo que comía?

¿Qué está pasando acá? Mi personalidad de porteña psicoanalizada no me dejaba pasar por alto esas secuencias que se iban generando casi todos los días a la misma hora. Un día lo descubrí, era muy simple: ella y yo comemos diferente. Ella y yo venimos de lugares diferentes, ella es de un pueblo de Santiago del Estero, con familia que viven en el campo y yo de Buenos Aires, una ciudad con plazas de cemento. Ella y yo tenemos trayectorias familiares diferentes, por eso comemos diferente. Ella y yo somos de clases sociales diferentes. Ella y yo tenemos culturas alimenticias diferentes. Ella y yo comemos diferente. (Después de unos años, ya inserta en el tema, leía a Patricia Aguirre (2004: 36) y ella lo explicaba todo de una forma mucho más clara: “Las representaciones de los alimentos, de las comidas y los cuerpos sustentan la pertenencia a un sector identificando a los que son, piensan y comen “como nosotros” separándonos de los que no son, no comen y no piensan, es decir, “son los otros”. Y en esta clasificación entre “nosotros y los otros”, cada grupo llenará el “nosotros” de condiciones positivas que sostengan su identidad, diferenciándose de “los otros” que por no compartir “nuestra” idea del mundo, “no saben pensar, ni comer, ni vivir”.)

A mediados de 2012 comencé a trabajar en otra área del mismo edificio. Para comenzar, no sólo la oficina era diferente, una sola planta con 3 “islas” de trabajo, sino que éramos el triple, el cuádruple de personas. Mi grupo de trabajo eran nuevamente mujeres, un grupo de 7 abogadas. Toda la dinámica de esta oficina era diferente, no había escritorios que oficien de mesa, no había estipulado horario de almuerzo, no juntaban plata para comprar yerba, lo único parecido era que había una mini heladera y un microondas –

comprado por los empleados, me enteré después. Acá encontré órdenes no ordenados que ya estaban instituidos, cada isla tenía su yerba, sus mates, sus termos y claramente éstos no eran objetos de préstamo.

Entre mate y mate casi todos íbamos llenando las horas con agua caliente y harinas empaquetadas, salvo ella. “No no, gracias, estoy bien, ya desayuné”, “ayer cené un montón”, una u otra frase, pero nunca aceptaba comida. Mañana compro otras galletitas; tampoco come. Nunca trae. Insistimos, come una, media... Esta secuencia mañanera se repite con la constancia de la rutina cotidiana.

“El mate siempre está sucio”, “¿Otra vez no hay yerba?”, “que tal nunca compra yerba”, “que yo compro siempre”, “que el otro usa mil kilos de yerba”, “que ella siempre trae la más barata que no le gusta a nadie”, “que la jefa nunca pone ni un peso”. De pronto comencé a observar que no era sólo en mi isla, sino que en la otra isla juntaban para el café y “que nadie limpia la cafetera”, “que nunca hay café hecho”, “que no es de acá y viene y se sirve como si nada”, “dejaron el mate sucio”, “el escritorio está lleno de comida”. Comencé a notar que las molestias en torno a estas prácticas grupales eran una constante.

Por suerte llega el mediodía, la panza cruje otra vez, es hora de la comida, estoy harta de estas galletitas duras. ¿Vamos a comprar? La hermosa pregunta que nos saca de la computadora y nos habilita a salir del edificio. ¿Dónde vamos? La molesta pregunta que nos vuelve a traer la idea de repetición, de constante, de siempre lo mismo... “Che, vamos a comprar, ¿querés algo?” “No no, no tengo hambre”. ¿Cómo no va a tener hambre? Pienso; no comió nada en toda la mañana, ¿cómo puede ser que nunca tenga hambre? Le insistimos, “ahora no tengo hambre, más tarde como algo...” responde por inercia, pero el ‘más tarde’ nunca llega, al menos nunca llega.

Por dentro me pregunto constantemente cómo puede ser, estará a dieta... me pregunto, me respondo, me pregunto. No puede no tener hambre, no puede no comer nada en todo el día y no tener hambre. Yo tengo hambre. Tengo hambre, principalmente en los momentos del día donde se supone que el cuerpo debe ingerir alimentos, yo tengo hambre; por eso no entiendo. Pienso en mí, pienso que soy injusta, que siempre me

dijeron que era una bendecida por ser de familia flaca, de comer lo que quiera; pienso en todas esas frases hechas que tienen asidero en la realidad que me repitieron toda la vida. Y pienso que con eso sólo no basta, que el cuerpo tiene hambre, que se necesita comer, que comer es el acto “natural”, que por qué ella no come, que cómo hace para no comer... pienso y pienso, no llego a mucho.

En esta oficina las prácticas durante el horario de almuerzo son distintas a las de la oficina anterior, nadie compra en los locales por peso, nadie. ¡Ah, sí! Las secretarias y administrativas si compran ahí, pero ellas están en otra parte, en una isla separada. Ellas compran mayormente en los locales por peso, pero de mis compañeros, los abogados no, ninguno, nunca. Ellos piden comida por teléfono, en restaurantes de la cuadra, compran en Mc Donald's o van a comer afuera. Nadie se trae, nadie compra por kilo. Lo primero que me pregunto es cómo hacen para costearlo. No sólo es una cuestión de qué me gusta comer o de que me canso de comer siempre lo mismo o que ya ni se me ocurre cómo variar... ¿Qué pasa acá? ¿Es porque son más grandes, o porque tienen salarios más altos? ¿Es porque tienen dos trabajos? ¿O es porque son un “nosotros” diferente?

Las quejas y secuencias del horario de almuerzo también son distintos, es que claro, acá el espacio es compartido, oficina, comedor, cocina, todo en uno... Las reuniones de trabajo son un caso aparte. Si había algo que me molestaba de esas reuniones eran que se realizaban en el horario de almuerzo, siempre, pero el problema no era el horario en sí, el problema era cuando se atrasaban, cuando eran de improviso, cuando eran las cuatro de la tarde y seguíamos ahí, con suerte compartiendo unos cuantos mates lavados. ¿Por qué no podíamos organizar y comer algo mientras estábamos ahí? ¿Por qué teníamos siempre que pasar esas horas sin comer nada? Me dolía la panza o literalmente sentía que no podía pensar del dolor de panza por hambre –siempre que me pasaba eso pensaba en el horror de pasar hambre de verdad, nunca estuve ajena a que esa experiencia en donde realmente dolía la panza y se sentía el vacío estaba organizada en torno a una vida de clase media urbana en donde nunca faltó para alimentarnos ni para llenarnos la panza. ¿Cómo podía ser que a nadie le pase lo mismo?

Después de un tiempo me enteré que casi todas tenían hambre. A partir de ese momento la pregunta que me acompañó fue ¿por qué? ¿Por qué nadie propone llevar algo a la

reunión? ¿Por qué hacemos como que comer no es una necesidad? Pero no hablo sólo de que comer sea una necesidad biológica del cuerpo humano, pienso en el comer concreto, en parar, sentarme, comer, alimentarme; comer para seguir. ¿Por qué no se habla de esto?

Pero entonces, ¿por qué hacemos como si comer fuera una actividad más? ¿Por qué siento que, a pesar de la cantidad de información disponible, no se toma en cuenta la importancia constitutiva que tiene el comer? ¿Por qué siento que los otros no le dan la importancia que merece? ¿Por qué siento que los otros lo viven distinto? ¿o soy yo?

La construcción del objeto de estudio no suele ser una tarea sencilla —ya que implica un compromiso personal por parte del investigador— pero es de gran relevancia “la proximidad con el mismo, dada la posibilidad de incorporar al estudio el conocimiento adquirido en los ‘haciendo con’ y el privilegio de un lenguaje desde la propia práctica” (Scribano y De Sena, 2009: 8), posibilitándose un análisis y reflexión de la temática desde las interacciones personales en el desarrollo de la temática.

Esta auto-etnografía busca dar cuenta del punto de partida del proceso de construcción de mi tema de investigación, y la puse en práctica para poder desarrollar una reflexión de mi experiencia concreta “del comer” en el ámbito de trabajo y en cómo éstas me influenciaron y me hicieron formar una idea, una opinión, tener representaciones diversas sobre lo que es, debe ser y significa comer en la oficina. Porque si bien analizar la estructuración de las sensibilidades y las prácticas de alimentación en las mujeres jóvenes trabajadoras en oficinas públicas nacionales ubicadas en la ciudad de Buenos Aires es el objetivo general del proyecto, esta formalidad académica engloba diversos aspectos de mi experiencia que requirió, en un primer abordaje, ser puesta en palabras para poder acceder a las sensibilidades propias que se ponían en juego.

La auto-etnografía como herramienta metodológica me permitió no quedarme centrada en la mera narración de un hecho de mi vida cotidiana, sino que me brindó la posibilidad para involucrarme en una reflexión sobre mis prácticas, que incluya mis emociones en torno a las experiencias concretas, a las relaciones con otros sujetos y

apoyándome en un corpus teórico que me estaba ayudando a observar la realidad. En este sentido, la auto-etnografía se vuelve una herramienta sumamente útil para poder explorar las experiencias propias, centrándonos en lo que poseen de únicas, y a partir de allí pensar el tema a investigar desde las prácticas cotidianas. Al mismo tiempo nos permite acercarnos desde otra perspectiva a un campo específico que conocemos, que posee reglas y un lenguaje particular, en donde las sensibilidades y las emociones cotidianas logran aparecer, permitiendo que afloren diálogos y prácticas que la cotidianeidad suele dejar de lado.

Si debo remarcar algo en lo que el recurso de la auto-etnografía aportó una diferencia, es en ser una herramienta que brinda lo necesario para dejar fluir el discurso y así darle lugar a la creatividad en la indagación; a la vez que permite que aparezcan rápidamente las conexiones entre lo personal y lo colectivo de tal forma que se puede acceder a la subjetividad del investigador en los campos no dominados por el saber académico. La auto-etnografía es un recurso metodológico que me brindó la posibilidad de construir una mirada desde otro ángulo en el proceso de construcción del problema, y mantener presente esta distinción se volverá imprescindible para mantener una vigilancia epistemológica activa.

Uno de los principales aspectos sobre los que la auto-etnografía me permitió reflexionar, es el encontrar que la búsqueda de disfrute en el comer cotidiano es una experiencia que me marcó el recorrido. Entiendo que este es un dato de mi individualidad, pero que se vuelve necesario de indagar. Si puedo entender al cuerpo subjetivo “en tanto ‘locus’ de la sensación vital enraizada en la experiencia de un ‘yo’ como centro de gravitación de sus prácticas” (Scribano, 2012: 99), a la vez que las estructuras sociales incorporadas son puestas en relación en las conexiones del cuerpo/emoción que vive-la-vida-con-otros (Scribano, 2012), se vuelve esencial indagar si a las mujeres jóvenes —en quienes me centraré— también buscan disfrute en el comer. Dicho de otro modo, comprendo por las experiencias propias en donde la repetición y el hastío se volvieron emociones cotidianas, que el disfrute tal vez es una noción que puedo estar dando por sentado, ya que principalmente deberé indagar en si a las mujeres jóvenes les gusta comer.

Al mismo tiempo, el disfrute del comer se encuentra situado en cuerpos concretos —en este caso en mi cuerpo— que fueron constituidos socialmente desde la ponderación de esa misma emoción. Disfruto del comer desde un cuerpo/emoción que disfruta del placer del cuerpo comiendo. Por lo tanto, indagar sobre si a las mujeres jóvenes que trabajan en oficinas públicas les gusta comer es también preguntarme sobre la imbricación de esos cuerpos/disfrute y de cómo se encuentran construidos no sólo socialmente sino desde lo individual y lo subjetivo.

Centrarme en los cuerpos/emociones del comer es también centrarse en la acción, ya que todo cuerpo es cuerpo en acción, por lo cual es considerar como principal no sólo el qué sino el cómo; cómo llevan a cabo la práctica del comer, cómo lo hacen. Pero es necesario remarcar que no se trata de remarcar los puntos de contacto entre sus prácticas y las mías, sino en indagar cuáles son las prácticas propias de esas mujeres jóvenes buscando conocer también que hay de individual y social en ellas, cuáles son las formas en que las suelen llevar a cabo, solas o acompañados, de forma colectiva o individual, cotidianamente o de forma extraordinaria, y cuáles son las sensibilidades de esos cuerpos puestos en juego de diferentes modos.

Al poder observar que no sólo las practicas llevadas a cabo en las diferentes oficinas fueron distintas, sino que pensando que los cuerpos/emociones se constituyen situados en un ambiente del que es parte constitutiva a la vez, entiendo que será necesario conocer los espacios en donde se llevan a cabo ambas opciones, las similitudes, las diferencias, a la vez que describir su especialización. Mis propias estrategias en la elección de la comida y de los alimentos me lleva a reflexionar en la vinculación entre los cuerpos/emociones situados en un ambiente, y en como el cuerpo/emoción no “está” en un espacio, sino que “es” el espacio. Como explicita Ingold, los sujetos no estamos en el mundo, sino que nos encontramos inmersos en él y es a través de las experiencias con el ambiente que “las personas desarrollan aptitudes y sensibilidades específicas” (2000: 9) que referirán a procesos sociohistóricos. A partir de esto y observando las diferencias sobre las emociones que experimenté en relación a los diferentes espacios de trabajo compartidos, entiendo que los cuerpos/emociones no

sólo interactúan con otros sujetos, sino que interactúan en términos del espacio vivido; en el cual el sujeto/investigador también funciona como testimonio de una sensibilidad espacial dominante que estamos buscando problematizar (D'hers et al, 2015).

A posteriori, la auto-etnografía me ayudó a entender que la disponibilidad económica no sólo fue un importante condicionante a la hora de elegir qué y dónde comer, sino que fue el punto de encuentro del aburrimiento con la frustración —al tener que resolver lo mismo que el día anterior, con los mismos recursos y las mismas escuetas posibilidades. Por lo tanto, entiendo que el presupuesto alimentario destinado a comer dentro del horario laboral será una tarea que puede aportar una variable más de explicación a las prácticas llevadas a cabo en torno a las posibilidades materiales de esos cuerpos/emociones.

En este punto es interesante retomar algunas de las ideas expuestas con anterioridad para pensar sobre cómo la auto-etnografía es una herramienta que nos permite trabajar con información privilegiada que todo sujeto posee al estar inserto en el campo de indagación que desea problematizar, y como el sujeto/investigador no sólo es poseedor de experiencias concretas que pueden funcionar como información de primera mano al pensar un problema social sino que posee experiencias afectivas y cognitivas sumamente ricas para ampliar la comprensión de lo social.

En definitiva, como columna central del proyecto de tesis se encuentra la pregunta sobre qué significa para otras personas comer; pero la puesta en práctica de la auto-etnografía como recurso metodológico que me permita trabajar el cuerpo/emoción propia, me permitió poner en primer plano el cuerpo/emoción implicado en la observación de la experiencia, y poner en primer plano la implicancia de esa experiencia en la construcción del problema de investigación. Así, pudiendo reflexionar en la imposibilidad de la separación de mi cuerpo de mis emociones, en la conformación de mi cuerpo/emoción, pude puntualizar que la pregunta que rige el trabajo no se debe centrar en la comida sino en qué sensaciones, qué sentimientos se ponen en juego en esos momentos. Con esto quiero decir que el eje de mi trabajo debe centrarse en conocer cuáles son las

emociones que las mujeres jóvenes trabajadoras del ámbito público sienten a través de la comida ligadas al hecho de comer en la oficina todos los días.

A modo de cierre

A través de estas páginas no sólo definimos y reflexionamos sobre la auto-etnografía como recurso procesual del proceso de investigación, sino que presentamos el trabajo de hacerla funcionar como herramienta en la búsqueda de poner en evidencia desde dónde pensamos lo que pensamos para así poder ponderar la articulación donde el sujeto/investigador no se puede diferenciar de su cuerpo/emoción.

Utilizar la auto-etnografía como recurso que oriente el proceso de indagación nos brinda las herramientas necesarias para acercarnos a las experiencias de la vida cotidiana que nos ligaron a nuestros temas de investigación, y poder averiguar cuáles son los preconceptos, las experiencias y las sensibilidades que surgen desde allí. Es importante tener en cuenta que el retomar las prácticas desde las propias emociones exige un esfuerzo cognitivo que nos implica pensarnos a nosotros mismos buscando conocer desde la propia posición, sumergiéndonos en nuestras prácticas desde un cuestionamiento crítico. Es decir, se trata no solamente de no evitar la exposición de estos condicionantes sino de ponerlos en evidencia en el proceso de investigación, se trata de poner en práctica la demanda de una vigilancia epistemológica permanente.

El objetivo de presentar mi auto-etnografía aquí es brindarle al lector herramientas que le permitan observar desde qué experiencias personales surgió mi tema de investigación y desde qué sensibilidades que aparecen como propias e individuales se puede poner el eje en el proyecto de indagación social. Esta auto-etnografía me permitió no sólo poder pensar mi experiencia concreta “del comer” en el ámbito de trabajo sino reflexionar en torno a mis prácticas como sujeto que come, que come en la oficina, que posee sensaciones y emociones en relación a la comida.

Y fue a partir de la puesta en práctica de la auto-etnografía que pude explorar algunas reflexiones, sentimientos, ideas y preconceptos que me surgían en torno a una temática concreta, en donde lo experimentado, lo leído, estudiado y reflexionado volvía en

palabras concretas bajo la forma de interrogantes que despertaban interrogantes y sensibilidades apasionadas; a la vez que seguía buscando entender lo que hay de social en ella. Espero estar en el camino, aproximándome cada día un poco más.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, P. (2004) Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Boragnio, A. y Luzza Rodriguez, P. (2015) La investigación como experiencia de otra experiencia: sensibilidad, creatividad y expresividad como instancias de producción de conocimiento. En Mingo de Bevilacqua, G. y Sarrot, M.E.G. (Comp.) *Desafíos profesionales y prácticas académicas en el campo de la investigación y la producción metodológica*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. ISBN 978-987-3713-10-1
- Becker, H. (2009) Trucos del Oficio. Cómo conducir una investigación en ciencias sociales. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Custer, D. (2014) Autoethnography as a Transformative Research Method. *The Qualitative Report* 2014 Volume 19, How To 21, 1-13 <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR19/custer21.pdf>
- D'hers, V. (2009) En cuerpo (y) alma. En *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. Volumen 3. N°2. Pp: 129-139. Universidad Complutense de Madrid. ISSN 1887-3898.
- D'hers, V., Sánchez Aguirre, R., Boragnio, A., Chervero, J., Ferreras, J. y Musicco, C. (2015) *Entrevistas Bailadas: aperturas metodológicas para el estudio de la construcción de las sensibilidades sociales*. En Jornada Recorridos de Investigación. Programa de Reconocimientos Institucional de Investigaciones, Facultad de sociales-UBA. Buenos Aires, 2016.

- Ingold, Tim (2000), Haciendo cultura y tejiendo el mundo. En *Matter, Materiality and Modern World*, P. M. Graves-Brown (ed.). Londres: Routledge, pp. 50-71.
- Méndez, M. (2013) Autoethnography as a research method: Advantages, limitations and criticisms. En *THEORETICAL DISCUSSION PAPER*
- Montero-Sieburth, M. (2006) *La auto etnografía como una estrategia para la transformación de la homogeneidad a favor de la diversidad individual en la escuela.* http://www.uned.es/congreso-inter-educacion-intercultural/grupo_discusion_1/74.pdf.
- Pace, S. (2012) Writing the self into research: Using grounded theory analytic strategies in Autoethnography. En *Central Queensland University*
- Scribano, A. (2012) Sociología de los cuerpos/emociones. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad – RELACES*. N°10. Dic 2012-marzo 2013. Córdoba. Pp. 91-111.
- (2009). ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A Modo de Epílogo. En C. Figari, & A. Scribano, *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad. Pp. 141-151.
- Scribano, A.; Boragnio, A.; Bertone, J.; y Lava, P. (2014) Huellas de una Innovación metodológica: “Experiencias del Comer”, un proceso en producción. En *NORUS – Novos Rumos Sociológicos*. Programa de Pós-Graduação (PPGS) em - Sociologia da Universidad de Federal de Pelotas, Brasil. Vol. 1, N°2. ISSN: 2318-1966
- Scribano, A. y De Sena, A. (2009) Construcción de conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. En *Cinta de Moebio* 34:1-15. <http://www2.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/34/scribano.html>